

Eudósio de Antioquía, tan odioso para Constantino pocos momentos antes. Sin embargo, escandalizada la extravagante religion de este príncipe de las espresiones de Aecio, fué preciso concederle la condenacion de este impío, que en realidad se diferenciaba poco de tantos otros á quienes trataban de una manera enteramente contraria. Aecio fué desterrado al pié del monte Tauro; y lo mas particular es que se cuidaron mucho de no calificarle de herege, y de no condenar su doctrina de la semejanza; pero los obispos semiarrianos, y sobre todo los gefes del partido, fueron los que llevaron el peso del resentimiento de los anomeos. Estando estos muy poco acordes entre sí sobre la fé, no fundaron su severidad sobre error alguno, sino sobre diversas imputaciones, las cuales nunca faltan al que cuenta con el favor de la autoridad soberana. En esta condenacion fué comprendido San Cirilo, obispo de Jerusalem, muy aborrecido de los acacianos, y fué depuesto por segunda vez. La primera lo habia sido por las intrigas personales de Acacio, que en calidad de metropolitano de la Palestina, pretendia hacer dependiente de él al obispo de la ciudad santa, creida exenta; pero la verdadera causa era la adhesion de Cirilo á la fé de Nicea. De su primera deposicion habia apelado el santo obispo á un tribunal superior, y el emperador habia autorizado la apelacion. A pesar de esto, aquel acto fué tenido por irregular; y se acusó á Cirilo de haber dado al clero el primer ejemplo de estas apelaciones como en los tribunales legos: acusacion injusta, en especial en boca de los sectarios, para quienes Cirilo era culpable únicamente porque les incomodaba para sus planes. Habia sido restablecido despues el santo prelado en el Concilio de Seleucia; y cuando de nuevo fué depuesto, pusieron en su lugar á Ireneo ó Herenio.

Lo propio hicieron con otros obispos. Eunomio, aquel famoso discípulo de Aecio, que no contentándose mucho tiempo con hacer un papel subalterno se hizo heresiarca, fué establecido en Cícico. Por su nombradía de elocuente le colocaron los acacianos cerca de Constantinopla con tanto mas gusto cuanto que despues de la espulsion de Macedonio, envuelto en la desgracia de los semiarrianos, se habia apoderado Eudósio de la silla de esta capital y queria tener cerca de sí y á su disposicion á este fogoso orador. El Concilio acaciano de Constantinopla que aprobaba las dos traslaciones de Eudósio, primero de Germanicia á Antioquía, y ahora de esta á la ciudad imperial, depuso al propio tiempo al obispo Draconcio, por haber mudado de diócesis. Tan cierto es que los novadores con toda su aparente regularidad se burlan de la disciplina y de la moral lo mismo que del dogma. Eudósio ofició por primera vez en su nueva silla en la Dedicacion de Santa Sofia que el emperador Constantino acabó de edificar, incluyendo en ella la basilica de la Paz, cerca de treinta y cuatro años despues que el gran Constantino habia principiado este grandioso edificio.

Macedonio, despues de su deposicion, llegó á hacerse gefe de una secta particular. Sin embargo, jamás fué menos adicto al arrianismo que entonces, y aun se afirma que llegó á sostener la doctrina de la consubstanciabilidad; mas siguió negando, como los arrianos, la divinidad del Espíritu Santo. Sostuvo espresamente que solo era una criatura parecida á los ángeles, aunque de un orden mas elevado. Los semiarrianos, depuestos en Constantinopla, abrazaron este nuevo sentir, del que fueron inficionados algunos obispos que tampoco incurrian en error alguno respecto á la persona del Hijo de Dios. Esta secta se extendió particularmente entre el pueblo novelero de la ca-

pital y en sus monasterios, mas ocupados en las sutilezas especulativas que en los sentimientos de la compuncion; pero no adquirió cierta nombradía sino despues de muchos reinados, ocupando insensiblemente el lugar del arrianismo á medida que los arrianos iban perdiendo su crédito.

Al vacar de hecho la silla de Antioquía por la traslacion de Eudósio á Constantinopla, y de derecho por muerte de San Eustacio acaecida en Filipos de Macedonia, donde últimamente estaba confinado, acordaron así los ortodoxos como los arrianos elegir á Melecio, natural de Armenia y de una familia distinguida. Habia sido hecho obispo de Sebaste en lugar de Eustacio; pero la indocilidad de este pueblo habia obligado á este nuevo pastor, el mas pacífico y afable de los hombres, á retirarse á Berea. Era de una simplicidad y candor admirables, y de aquel carácter afectuoso y benévolo que mueve insensiblemente al amor. La bondad de su alma se veia pintada en su rostro y en todos sus modales. Una dulce sonrisa alegraba siempre su fisonomía: no salian de su boca sino palabras amables; y por poco que se le tratase, todos procuraban tenerle por amigo (1). Los arrianos, que á ejemplo de los demas hereges atribuian á su secta todos los sugetos ilustres que no habian tenido aun ocasion de contradecirles, ó supusieron á Melecio partidario suyo, ó se persuadieron que una dulzura tan encomiada como la suya seria á lo menos tolerante, pues fueron los principales autores de su promocion. Accedieron á esta con tanto mas gusto los católicos de Antioquía, cuanto que le conocian mejor; y así el consentimiento fué unánime.

Mas todos conocieron pronto cuál era la fé de Melecio. El emperador, que estaba en

Antioquía para oponerse á los persas, mandó llamar á este prelado, y todos los obispos congregados allí salieron á recibir á este hombre admirable con los diversos órdenes del clero y la multitud del pueblo. Apresurábanse igualmente á verle los arrianos y los eustacianos, y la curiosidad atraia hasta á los judíos é idólatras. Principió sus funciones predicando, segun costumbre, y pronunció un discurso que nos ha conservado San Epifanio y que es un modelo de elocuencia eclesiástica (1). En él muestra claramente la integridad de su fé, aunque la moderacion que influia en todos sus procedimientos le obligó á no poner los términos de *substancia* y *consubstancial*. Conocieron su fé todos los oyentes; y Eudósio, que estaba presente con otros obispos mal intencionados, hizo los mayores esfuerzos para obligar á Melecio á retractarse; pero Melecio permaneció inflexible, y sin mas tardar se le desterró á Militina su patria, un mes apenas despues de su eleccion. Es indecible cuánto sirvió á la Religion en tan corto espacio de tiempo; puede formarse de ello una idea por la suma firmeza que los fieles de su iglesia mostraron despues en la verdadera fé, que parecia tener nuevos atractivos en su boca. Casi igual amor y adhesion conservaron á la persona de su pastor (2); todos tenian en su casa su retrato, le esculpian en sus sellos y en todos sus muebles: ponian tan generalmente su nombre á sus hijos, que despues de algunos años apenas se oía ni habia otro nombre que el de Melecio en la ciudad y en el campo. Cuando tuvo que salir para el destierro, el gobernador le metió en su carroza; pero este oficial fué acometido á pedradas por la furibunda multitud, y hubiera muerto infaliblemente si Melecio no le cubriera con su manto.

(1) Gregor. Niss. *Orat. in Melet.*; Chrysost. *Orat. in Melet.*; Gregor. Nazian. *Carm.*

(1) Haer. 73.

(2) Chrys. *in Mel.*

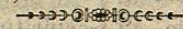
En lugar de Melecio fué puesto Euzoyo, famoso arriano, que suscitó de nuevo la division en la iglesia de Antioquia. Ningun ortodoxo quiso comunicar con él, y aun aquellos que por espacio de treinta años habian sufrido tres patriarcas hereges, se separaron de este con la mayor indignacion para celebrar sus juntas en una iglesia separada. Querian unirse á los eustacianos; es decir, á aquellos católicos que despues de la espulsion de San Eustacio reusaban siempre comunicar con ninguna clase de arrianos; mas estos eustacianos los desecharon como indignos de la pureza de su comunión, por las relaciones que ellos y sus pastores habian tenido con los hereges. Asi la iglesia principal del Oriente se halló dividida en tres partidos: el de los arrianos, que seguian á Euzoyo; el de los eustacianos, y el que se principiaba á llamar de los melecianos, los cuales componian el mayor número, y eran ortodoxos como los eustacianos, aunque menos irreprehensibles antes de esta época.

Sucedía todo esto por los años 361 á vista de Constanzo, que sintió por ello cruel despecho; pero se veía reducido á disimular por las circunstancias en que se encontraban los negocios del Estado, que él arruinaba, mientras que los de la Religion le absorbían su tiempo y todas sus facultades con tan poca dignidad como mal resultado. Durante este tiempo el César Juliano

se iba ganando la estimacion y el amor de las tropas por las ventajas que conseguía en las fronteras de la Galia, y aumentaba cada vez mas las sospechas del débil emperador; mas estos temores aceleraron por sí mismos lo que tanto temía Constanzo; pues las legiones que á pretexto de la guerra de Persia queria él quitar al César, se amotinaron y proclamaron Augusto á Juliano, á pesar de su resistencia afectada ó sincera. Furioso Constanancio púsose en marcha luego que pudo dejar las fronteras de Persia; pero apenas llegó á Cilicia cayó enfermo, y reducido en pocos dias á la estremidad, pidió el bautismo á Euzoyo que le acompañaba, y le recibió efectivamente de este patriarca arriano, postrer motivo para temblar acerca de la suerte de este príncipe que dió no obstante muestras de arrepentimiento. Asi murió el emperador Constanzo ó Constanancio á 3 de noviembre del año 361, y cuarenta y cinco de su edad: débil, inconstante, curioso y supersticioso, y sobre todo, llevado de la manía de dogmatizar, hizo mas daño á la verdadera Religion que los perseguidores infieles. Al principio, y en tanto que tuvo algun motivo para temer, fué seductor; pero violento y cruel despues que se vió dueño absoluto del imperio. Su muerte hubiera sido un motivo de alegría para todo el mundo cristiano, si á un perseguidor herege no hubiera sucedido un apóstata idólatra.

## LIBRO NOVENO.

Desde la muerte de Constanzo en el año 361, hasta la caída del arrianismo en el año 378.



**R**ESPIRARON los católicos despues de muerto el emperador Constanzo, á quien creían no tener motivos para echar de menos. Esperaban una suerte mas tranquila bajo un sucesor, que si bien mostraba ya demasiado separarse no poco de la Religion de sus padres, gozaba á lo menos la reputacion de un príncipe justo y filósofo. Mas no eran estas todavía las miras de Dios sobre este edificio vivo, que con los sacudimientos se afirma mas, y que aun debía sufrirlos de toda especie. Había resistido la Iglesia á toda la violencia inspirada por la supersticion de los pueblos, aumentada por las desconfianzas y ambicion de los tiranos, y emponzoñada por la envidia é interés de los sacerdotes idólatras. Despues de una multitud de heregías que querían medir nuestros misterios por las reglas de una vana lógica, y los destruían quitándoles su santa oscuridad: despues de tantas sectas medio cristianas y medio paganas, la sencillez del Evangelio acababa de confundir en el arrianismo la mas atrevida y artificiosa de todas las sectas.

Faltábale sostener contra Juliano todas las tentaciones juntas á la par: las divisiones intestinas fomentadas con astucia, la esclusion de los empleos y honores, y hasta la de las ciencias ó estudios; las propias armas de la Iglesia que este peligroso

tirano volvió contra ella, imitando su augusta disciplina, y dando un aire de dignidad, sabiduría y razon á las mas odiosas prácticas de la idolatría y de la magia. Cuando se servía de la violencia, cuidaba mucho mas de privar de la gloria á sus víctimas que de la vida, y los suplicios eran siempre ordenados bajo otro pretexto que el de Religion.

Publicó este nuevo emperador al principio de su reinado, y marchando contra Constanzo á la cabeza de un formidable ejército, que su ánimo no era mas que hacerse respetar para asegurar la paz: que primero se sacrificaría él mismo que hacer pelear una parte del imperio contra otra; y que estaba resuelto á proponer á ambos ejércitos que evitasen la efusion de la sangre romana, eligiendo de los dos gefes al que quisieran obedecer. Despues de tal protesta era preciso á un filósofo aparecer consecuente. Lloró á su rival, vistióse de luto y se dirigió hácia Constantinopla. Mostráronle el Senado y el pueblo tanto afecto como las tropas, mirándole como el único heredero de Constantino el grande, y como un príncipe amante sincero de las letras y de la felicidad pública. Se mantuvo neutral en todas las religiones; y aunque hubiese hecho ya acciones evidentes de apostasia, hizo dar á Constanzo los honores acostumbrados de la